

anuario  
1985

INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
ZAMORANOS  
FLORIAN  
DE OCA MPO





# **ANUARIO 1985**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
«FLORIAN DE OCAMPO»



**anuario  
1985**

**INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
ZAMORANOS  
FLORIAN  
DE OCA MPO**



CONSEJO DE REDACCION

Miguel Angel Mateos Rodríguez, Enrique Fernández-Prieto, Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Luciano García Lorenzo, Jorge Juan Fernández, José Luis González Vallvé, Eusebio González.

*Diseño Portada:* Angel Luis Esteban Ramirez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
«FLORIAN DE OCAMPO»  
(Consejo Superior de Investigaciones Científicas)  
DIPUTACION PROVINCIAL DE ZAMORA

ISBN: 84-505-4497-1

Depósito legal: ZA - 258 - 1986

Imprime: Gráficas Heraldo de Zamora. Santa Clara, 25. ZAMORA

# INDICE

## ARTICULOS

ARQUEOLOGIA .....	11
Alberto Campano Lorenzo, J. Antonio Rodríguez Marcos y Carlos Sanz Mínguez: <i>Apuntes para una primera valoración de la explotación y comercio de la variscita en la Meseta Norte</i> .....	13
Jesús del Val Recio: « <i>Campaña de excavación en el entorno de la Iglesia de Santo Tomé</i> » (Zamora) .....	23
Fernando Regueras Grande: <i>Restos y noticias de Mosáicos Romanos en la provincia de Zamora</i> .....	37
ARTE .....	61
José Angel Rivera de las Heras: <i>La iglesia zamorana de San Isidoro</i> .....	63
BIOLOGIA .....	99
M. <sup>a</sup> Teresa Lucas Castro: <i>Insectos en las Lagunas de Villafáfila</i> .....	101
Ignacio Regueras: <i>Denominaciones locales de diferentes especies zoológicas en la provincia de Zamora</i> .....	107
ECONOMIA .....	115
M. <sup>a</sup> Lourdes García López-Casero y Emilia Martínez Pereda: <i>Sayago, una comarca desfavorecida</i> .....	117
M. <sup>a</sup> Elisa González Moro Zincke: <i>Evolución y estado actual de la ganadería bovina en Tierra de Alba</i> .....	139
Antonio Maya Frades: <i>Estructura agraria de Zamora y las diferencias económicas y espaciales entre sus comarcas</i> .....	157
ETNOLOGIA .....	217
Joaquín Miguel Alonso: <i>El cultivo y el tratamiento tradicional del lino en Sanabria</i> .....	219
M. <sup>a</sup> Lena Mateu Prats: <i>Simientes representadas en la joyería popular zamorana</i> .....	237
FILOLOGIA .....	263
Juan Carlos González Ferrero: <i>Vocabulario tradicional de la vid y el vino en el habla de Toro. Su carácter dialectal</i> .....	265
Carlos Cabañas: <i>Aproximación al dialecto leonés de Zamora, ciudad Manuel Villar Junquera: «Estudio y clasificación de la toponimia de Melgar de Tera y Pumarejo de Tera (Zamora)</i> .....	283
.....	293
GEOLOGIA .....	313
M. <sup>a</sup> Candelas Moro Benito: <i>Los yacimientos e indicios minerales de la provincia de Zamora</i> .....	315
HERALDICA .....	329
José Tomás Ramírez Barberó: <i>Apuntes para un estudio de la Heráldica de los linajes toresanos</i> .....	331

<b>HISTORIA</b> .....	371
Juan C. Alba López: <i>Origen y desarrollo del Regimiento Perpetuo en la ciudad de Toro (1480-1523)</i> .....	373
Angel Infantes Gil: <i>Las primeras huelgas del campo castellano: Los conflictos sociales de Tierra de Campos en 1904</i> .....	419
Pilar Martín Cabreros y Javier E. Sánchez Ruiz: <i>Aproximación a la estructura socio-profesional de la provincia de Zamora en el siglo XVIII a través de las respuestas generales del Catastro del Marqués de la Ensenada</i> .....	443
Manuel Samaniego: <i>Análisis de una hacienda rural: Acumulación, donación y explotación. Los Zazo-Guadalupe Ramírez y el convento de San Ildefonso el Real de Toro en Villabuena del Puente (Zamora)</i> .....	515
Leoncio Vega Gil: <i>Absolutismo y educación: La Real Junta de Inspección de escuelas de la capital y provincia de Zamora (1825-1833)</i> .....	561
Alfredo Prieto Altamira: <i>Dos ejemplos sobre el papel de la propiedad comunal a mediados del siglo XVIII en Sayago (Zamora)</i> .....	579
 <b>TEXTOS Y DOCUMENTOS</b>	
Francisco Rosdríguez Pascual: <i>Políticas y prácticas de ayuntamiento en Carbajales y Tierra de Alva. Carbajales (Zamora) 1758</i> .....	613
Ramón M. Carnero Felipe: <i>La privatización de la tierra en Almeida de Sayago durante el siglo XIX</i> .....	637
Enrique Fernández-Prieto: <i>Las Ordenanzas de la cofradía de N.ª Sra. del Rosario y Purificación del año 1544</i> .....	657
<b>Bibliografía de Zamora, 1985</b> .....	669
 <b>ACTIVIDADES Y CONFERENCIAS, 1985</b>	
<b>Memoria de actividades, 1985</b> .....	675
Memoria del Curso 1984-85 .....	677
J. Lamo de Espinosa: « <i>La agricultura zamorana y el Mercado Común</i> » ..	687
Ciclo « <i>España siglo XX</i> » .....	699
— Vicente Palacio Atard: « <i>El fin de un poder personal: Primo de Rivera, 1930</i> » .....	703
— Javier Tussell: <i>El Primer Franquismo, 1939-1957</i> .....	721
— Julio Aróstegui: <i>La Guerra Civil Española</i> .....	737
Día de la Provincia 1985: « <i>Perspectivas socio-económicas de la provincia de Zamora</i> » .....	761
Alejandro Nieto: « <i>La experiencia autonómica</i> » .....	783
Ciclo « <i>Leopoldo Alas Clarín</i> » .....	803
— J. M.ª Martínez Cachero: « <i>La crítica literaria de Clarín</i> » .....	805
— Carmen Bobes: <i>Tiempo y espacio en «La Regenta»</i> .....	810
— Víctor García de la Concha: « <i>Clarín y la modernidad</i> » .....	820
— Victoriano Rivas: « <i>Me nacieron en Zamora</i> » .....	825
— José Girón Garrote: <i>La política española en la época de «Clarín»</i> ..	839

ACTIVIDADES  
Y  
CONFERENCIAS  
1985







## PRESENTACION

Desde los días 29 del mes de abril al 4 de mayo de 1985, se desarrolló este ciclo de conferencias sobre la España del siglo XX, en el Paraninfo del Colegio Universitario de Zamora.

Producto del esfuerzo conjunto del Instituto de Estudios Zamoranos, Colegio Universitario y Caja de Ahorros Provincial, el ciclo es una manera eficaz de divulgar nuestra historia contemporánea entre el público zamorano, con la intención, además, de presentar a los más destacados especialistas en cada uno de los temas tratados.

En el ánimo de los organizadores habita la idea de la continuidad en esta tarea. El éxito de público y la calidad de las intervenciones así lo hace necesario.

En este ANUARIO se incluyen las intervenciones de los profesores don Vicente Palacio Atard, don Javier Tussell y don Julio Aróstegui. Por razones ajenas a la voluntad del Instituto nos ha sido imposible incluir las conferencias de don Manuel Espadas y don Juan Pablo Fusi. Pese a estas notables ausencias, esperamos contribuir con este breve pero sustancioso testimonio al conocimiento de los hechos recientes de nuestra historia para cimentar la comprensión y el compromiso del diálogo entre los españoles.



# EL PRIMER FRANQUISMO 1939-1957

JAVIER TUSSELL

## CONFERENCIA

Todas las conferencias tienen una liturgia, un rito. La primera parte del rito consiste en que el presentador demuestre que es muy amigo del presentado, y Miguel Angel lo ha hecho estupendamente. Ha quedado absolutamente patente que es muy amigo mío. Todo lo demás no debe ser creído. Confío en que, por ejemplo, no se ha creído aquello de que produzco infartos. Esta conferencia no va a provocar ningún infarto.

Cuando me pidió Miguel Angel que diera un título a esta conferencia y abordara en ella los temas de investigación, a los que me estoy dedicando en los últimos tiempos, a mí se me ocurrió el título de «El Primer Franquismo».

El primer franquismo es una etapa cuyo ámbito cronológico abarca desde 1939 hasta 1957. Es el primer franquismo, no sólo cronológicamente, sino también porque tiene unas características peculiares, por ejemplo, en política económica, en política exterior o en la política interior, que lo hacen diferente del franquismo posterior, del que se separa por el gran acontecimiento histórico que presenció España durante el franquismo. Este acontecimiento importantísimo en la historia del franquismo es la transformación económica y social, que acontece fundamentalmente en la segunda mitad de la década de los sesenta. Ese es un acontecimiento absolutamente fundamental que está en el eje de acontecimientos políticos, tan recientes como la transición a la democracia. Pero hay también un primer franquismo que es la etapa que se inicia en la inmediata postguerra, en 1939, y que concluye aproximadamente a la altura de 1957, o, si se quiere, en 1959. Es la etapa anterior al desarrollo económico, la etapa en que el régimen titubea en cuanto a su fórmula institucional, la etapa de la guerra mundial y del aislamiento exterior posterior.

Ese primer franquismo no sólo *puede* ser estudiado, sino que además *debe* ser estudiado.

A lo largo de este ciclo Vds. habrán visto aspectos concretos de la historia reciente de nuestro país. Yo creo que el interés de los historiadores, con el paso del tiempo, se ha ido trasladando hacia el pasado más inmediato. Me parece evidente, por ejemplo, que en un determinado momento, para los historiadores, tuvo un protagonismo y un interés fundamental la etapa de la República y la de la Guerra Civil. Eran las etapas básicamente más controvertidas de toda la historia más inmediata española. La Guerra Civil, porque había dado origen al régimen franquista. La República, en definitiva, porque había sido, a pesar de su fracaso final, la única experiencia democrática que tuvo este país antes de 1977. Siempre los historiadores hacemos la historia a partir de preocupaciones del presente. Es lógico, por tanto, que los historiadores abordásemos el tema de la República y de la Guerra Civil.

Pues bien, me parece que en el momento presente el horizonte de la historiografía contemporánea, es decir, el objeto fundamental de las preocupaciones de los historiadores contemporáneos, se ha trasladado un poco más hacia delante, hacia el franquismo. Y ha sido por una razón lógica, que es que el franquismo sigue siendo un gran interrogante. Evidentemente desde el punto de vista, por ejemplo, de la historia política, un régimen que era una dictadura y que, por lo tanto, los entresijos de la política permanecían ocultos para la inmensa mayoría de los ciudadanos, es un régimen que resulta especialmente interesante. Pero es que además ese régimen, en muchos aspectos, sigue estando presente en la vida social española. Incluso el propio hecho de su desaparición, de alguna manera, está también presente en esa vida española.

La historia del franquismo puede hacerse. Puede hacerse porque ya son accesibles archivos públicos, por ejemplo, el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores se puede investigar hasta 1959, es decir, hasta el final de ese primer franquismo. Son accesibles también los archivos privados. Yo, por ejemplo, he manejado los de un buen número de personajes políticos. Desde el general Varela, el general Gómez Jordana, Alberto Martín Artajo, los Directores Generales de Joaquín Ruiz Jiménez. Incluso en un libro reciente se han publicado parte de los propios papeles del General Franco. Es una publicación fragmentaria pero, sin embargo, una publicación enormemente interesante, en cuanto que nos introduce en los entresijos de esta persona tan decisiva.

Es posible, por lo tanto, abordar la historia del franquismo, y es posible hacerlo con resultado positivo, siempre que se pretenda, no tanto una especie de compromiso político retrospectivo de aquél que hace la historia del franquismo, como una voluntad de comprensión. Quiero decir que lógicamente en la época del franquismo, hubo franquistas y anti-franquistas, pero el historiador no tiene que ser ni franquista ni anti-franquista. El historiador puede tener evidentemente una postura matizada, de acuerdo con sus perspectivas sobre la realidad actual: lo que no puede hacer es un compromiso retrospectivo. Tiene que procurar comprender a los actores del juego político, no tiene que procurar condenarlos o ensalzarlos, sino comprender sus razones, tratar de llegar a la racionalización de esas razones.

El primer franquismo, 1939-1957, es ante todo y sobre todo, la postguerra española. Hasta 1957 no se da el acontecimiento fundamental que es el cambio en la política económica, y que va a transformar no sólo la economía sino la sociedad española. El primer franquismo viene a ser, por lo tanto, probablemente la postguerra más larga que ha tenido un país como es España, ya bastante frecuentado por la plaga de la guerra civil. En ese primer franquismo tenemos un conjunto de rasgos, que voy a procurar ir desgranando a lo largo de esta explicación, que permiten una identificación, una imagen de ese régimen franquista suficientemente clara y, desde luego, distinta a la imagen que se produce a partir de los años 60.

Por ejemplo, si tomamos el terreno de la política económica, el primer franquismo será el de la voluntad de autarquía y el propósito de intervención estatal en la maquinaria económica. La liberalización, en cambio, será lo característico del segundo franquismo.

Si tomamos el terreno de la política interior, me parece que el rasgo decisivo del primer franquismo fue el titubeo en torno a la institucionalización del Estado, un titubeo que iba, por un lado, desde una vertiente, que era muy semejante al fascismo y que tenía que ver básicamente con la Falange, hasta una vertiente de dictadura conservadora, de dictadura más plural, con un componente fundamentalmente católico, que estaba representada por otros grupos.

Si tomamos, en política exterior, la cuestión del primer franquismo desde el punto de vista internacional, este es el período en que el franquismo está a punto de comprometerse en la guerra mundial, y que luego permanece aislado por los vencedores en ese conflicto.

Si tomamos otro aspecto, que puede ser las posibilidades de la oposición, el primer franquismo es el momento del auge de la oposición y su definitivo declive, por los menos en lo que respecta a la oposición heredada de la Guerra Civil: los exiliados.

Y finalmente, si tomamos el mundo intelectual y cultura, se puede decir que el primer franquismo tiene como eje fundamental una meditación sobre la realidad de España, la cual es una consecuencia directísima de lo que ha acontecido durante la Guerra Civil, del trauma de la Guerra Civil.

Pues bien, veamos cada uno de esos aspectos. Los veremos por supuesto breve y sintéticamente, y voy a procurar sobre todo plantear cuestiones más que dar unas respuestas perfectamente precisas y delimitadas, porque evidentemente una historia tan inmediata como la del primer franquismo está sujeta a enormes interrogantes.

Con independencia de que uno pueda acceder a las fuentes primarias, el primer franquismo es, ante todo, una etapa en la que los desastres de la guerra han impuesto una realidad agria y triste a la vida de los españoles. Esos desastres de la guerra son por lo menos tres: el exilio, la represión y los desastres económicos. Junto a ellos, junto al exilio, la represión y los desastres económicos, 1939 presencia también algo que a algún espectador actual le puede resultar enormemente sorprendente, pero que es efectivo y real, y que las memorias de cualquier personaje que vivió la época, estoy pensando, por ejemplo, en las memorias de la escritora Mercedes Fórmica, demuestran que es verdad. Hay en 1939, pese a todos estos desastres, la presencia de un entusiasmo por parte por supuesto de quienes han ganado la Guerra Civil. Es un entusiasmo teñido, como es lógico, de azul, pero es indudablemente un entusiasmo que abraza a una porción considerable de la colectividad española.

También hay otros desastres, como el del exilio. Un exilio que ha sido cuantificado ya en obras de historiadores minuciosos, como, por ejemplo, Javier Rubio. Un exilio que, a la altura de la segunda mitad de la guerra mundial, se puede calcular en el orden de unas 150.000 personas. Un exilio diferente, según se trate del exilio que ha caminado más allá del Atlántico, que es un exilio intelectual, muchas veces culturalmente muy preparado. Un porcentaje muy elevado de los Catedráticos de Universidad, por ejemplo, o de los médicos, se instalan en Méjico. Pero hay también un exilio mucho más proletario, que es el que está más allá de la frontera pirenaica. En todo caso, desde luego las letras, la cultura española se ven recortadas de una forma fundamental, como consecuencia de este exilio.

En segundo lugar, la represión. El historiador tiene que ser consciente de que, fuera cual fuera el resultado de la Guerra Civil, probablemente la represión se hubiera producido, incluso si hubiera ganado el otro bando. El historiador tiene que ser consciente de que, sin embargo, esa represión, que quizás no supea en cifras, por ejemplo, la represión que se produjo en Francia después de la Segunda Guerra Mundial con los colaboracionistas, fue una represión enormemente sangrienta. Un régimen mucho más totalitario que el régimen de Franco, como era el régimen de Mussolini, que no había venido precedido por una guerra civil, tuvo en sus seis o siete primeros años de existencia un número de condenados a muerte que no superó la docena. Junto a esto el caso de la España de la postguerra, que es un caso en donde, sin que se puedan determinar cifras muy precisas, desde luego decenas de millares de personas fueron condenadas a muerte. La represión fue una represión que ofrece sin duda las características de ser a veces enormemente arbitraria, en cuanto a la ejecutoria de los personajes que vivieron esa represión. Uno se encuentra, por ejemplo, —una lectura reciente también— que Antonio Rosado, un dirigente de la CNT, fue dejado libre, mientras que personas, que habían desempeñado un papel mucho menos importante, fueron condenadas a muerte.

El estudio de la represión se ha iniciado en España. Ahora tenemos las cifras, por ejemplo, que nos proporciona un gran historiador, gran demógrafo, historiador militar, que se llama Ramón Salas, y tenemos la aplicación para un escenario concreto, el escenario catalán, de la represión por parte de los dos bandos durante la Guerra Civil, en una pequeña comarca al norte de Barcelona, y por parte de los anarquistas fundamentalmente. Y también cuando llegan las tropas de Franco a esa comarca del Maresme en Barcelona. Pues bien, el resultado parece ser que el número de ejecuciones es superior por parte del bando de los que perdieron la Guerra Civil. Claro que, cuando llegaron las tropas de Franco, evidentemente ya se había producido la emigración de un buen número de personas, que podían haber sido afectadas por esa represión. Evidentemente tiene algo de trágico o de, incluso, traumático un estudio que pondere el peso de la sangre en la Guerra Civil, pero, sin embargo, ese estudio ya se está haciendo porque ya se puede hacer. Las conclusiones no pueden ser definitivas, en todo caso, lo que parece es que la magnitud de la represión fue sin duda enorme.

En cuanto a los desastres económicos, desde luego los cronistas de la época dan una imagen vivida de lo sucedido, exactamente igual a como la dan los economistas, desde un punto de vista estadístico. Se ha escrito, por ejemplo, que casi un tercio de la producción industrial española desapareció durante la Guerra Civil, y algo menos de un cuarto de la producción agrícola. Se ha calculado en un billón de pesetas de 1939 las pérdidas económicas causadas por la guerra.

El famoso un millón de muertos no es cierto, pero de alguna manera, si calculamos los muertos durante la guerra, los que no nacieron, los muertos como consecuencia de las enfermedades posteriores a la guerra, el «gap» demográfico de esos años y la represión, la cifra de un millón de muertos, cifra emblemática, aún siendo exagerada, tiene un cierto fundamento.

Lo que interesa sobre todo es, que este primer franquismo, esta larga postguerra española, es una etapa de pobreza, de una pobreza que, sólo en términos relativos, se puede entender. Es decir, España económicamente no recuperó los niveles macroeconómicos de la preguerra hasta 1954, quince años después de concluida la Guerra Civil. Por supuesto, el hecho de que hubiera habido una guerra mundial jugó un papel absolutamente decisivo en estas insuficiencias económicas. Pero junto a ello los desastres alimenticios, los desastres de la salud, las enfermedades producidas a veces por la dieta alimenticia. Ex-ministros de la época de la Monarquía —yo he leído las memorias de alguno de ellos todavía inéditas— que mueren literalmente de hambre. Si eso les pasaba a los ex-ministros, piénsese lo que les podría pasar a las clases populares. Las narraciones de la época dan una sensación de tragedia, de sufrimiento. Este es, por ejemplo, el mundo de «La Colmena», de Camilo José Cela.

De la guerra surge un régimen que merece el apelativo de franquista, quiero decir, que merece ser identificado con la persona del General Franco. La personalidad del General Franco nos resulta suficientemente conocida. Hay ya un número importante de biografías. Tenemos el reflejo de los diarios de su primo y personas que estaban muy cerca de él, y el también general Franco S. Araujo. Tenemos parte de la documentación que ha sido publicada por un historiador, Luis Suárez, en una obra de ocho volúmenes, muy discutible porque es una obra apologética, incluso hagiográfica con respecto a Franco, pero que tiene el mérito de haber hecho aparecer esos documentos. Le conocemos ya, por lo tanto, bastante bien. Tenemos interrogantes fundamentales sobre su persona, pero conocemos, por ejemplo, en sus características personales, su condición fundamental de militar, su condición, en definitiva, de persona que considera la política como una carrera profesional incluso detestable. Se aprecia en sus textos, se aprecia en «Raza», escrita con el pseudónimo de Jaime de Andrade —y que da lugar a una película, y que es parte de su producción literaria. Esa producción literaria describe perfectamente la personalidad de Franco. «Raza» describe la tragedia de la Guerra Civil, desde la óptica por supuesto de los vencedores. El malo de esa película es un político profesional; el bueno es un militar. Un libro anterior, «Diario de una Bandera», publicado en 1922, narra la experiencia, a menudo muy dura para el militar, de la guerra en Marruecos. Y un tercer libro, también publicado con un pseudónimo, se titula «Masonería, y es un conjunto de artículos publicados fundamentalmente en «Arriba», escritos por Franco y el que luego seré Almirante Carrero Blanco.

De la Guerra Civil había surgido la personalidad quizás estereotipada, o por lo menos difícilmente modificable del General Franco. El General Franco no había tenido una actuación política muy marcada, no había sido un conspirador monárquico. Su decisión de intervenir en la Guerra Civil fue tardía. El General Franco, sin embargo, a lo largo de la Guerra Civil, modifica, o por lo menos acentúa, algunos de sus rasgos personales. Por ejemplo: su visión, si se quiere muy esquemática, de lo que era la historia española y su interpretación del devenir histórico de los españoles. Por ejemplo: la visión de que el siglo XIX es un siglo perverso, que liberalismo es igual a masonería y tiene como consecuencia necesaria comunismo. El libro último, que les

he citado, se titula precisamente así: «Masonería». Las pruebas de la obsesión antimasonica de Franco son numerosísimas. Hay incluso un libro, escrito por Ferrer Benimeli sobre la conspiración masónica, o mejor dicho, sobre la visión de Franco de la conspiración masónica. Yo he tenido la oportunidad de ver, en los archivos de algunos de los ministros de los años de la postguerra, los informes supuestamente procedentes de la masonería que llegaban a Franco y que Franco, desde luego, creía. Da la sensación de que Franco no los convertía en un instrumento, sino que sinceramente los creía. Eran informes muchas veces desproporcionados, absolutamente ilógicos, pero Franco creía en esos informes.

Y junto a este, digamos, cerramiento de su ideología, en definitiva la obsesión antimasonica va a reaparecer en él hasta en 1975, en su último discurso de la Plaza de Oriente. Franco, sin embargo, era una persona que tenía, incluso con características peculiarísimas y relevantísimas, las virtudes de un tipo peculiar de político. Ese Franco que decía a las personas que le servían muchas veces: «Haga Vd. como yo, no se meta en política», cosa peregrina dicha por un Jefe de Estado, era, sin embargo, una persona que ejercía las cualidades de la habilidad política de una forma a veces desde luego de un virtuoso de las mismas.

El gran papel de Franco en su sistema político fue por supuesto con el apoyo del peso carismático que le había dado la Guerra Civil. Con el apoyo del Ejército tenía un poder dictatorial que le facilitaba el arbitraje entre las diferentes familias del régimen. Es decir, Franco, de una forma casi homeopática, construía sus gabinetes dándole una gota de poder a la Falange, una gota de poder al sector católico, una gota de poder al tradicionalista, una gota de poder al monárquico. Y por supuesto esta distribución, casi farmacéutica, del poder en lo que redundaba era en que Franco ejercía la suprema decisión siempre. Su régimen ¿puede calificarse —y es una interrogación— de fascista? Es una pregunta que no tiene fácil respuesta.

El término fascista se puede emplear en un sentido técnico o se puede emplear en un sentido mucho más genérico. Desde luego el régimen era una dictadura, pero el régimen tuvo una configuración fascista, si se quiere mínima, por lo menos desde el punto de vista de la duración, es decir, probablemente la tentación fascista del régimen concluyó a la altura de 1941. Fue fascista desde el 39 al 31, o por lo menos fue tan fascista como eran otros, por ejemplo, el de Rumania o el de Hungría, regímenes de la Europa de la época. Luego el régimen fue, otra cosa, ¿Qué otra cosa fue? Las denominaciones pueden variar, y hay toda una disputa entre los científicos de la política acerca de la caracterización del régimen, una disputa que me llevaría muy lejos, y que por lo tanto voy a resumir. En general todos los que han escrito sobre la materia consideran que el régimen era mucho más una dictadura conservadora que de características totalitarias. Es decir, no era un régimen cuyo parentesco fundamental fuera, por ejemplo, el régimen de Hitler, sino un régimen de un totalitarismo moderado por la inobservancia, como dice Julián Marías. Un régimen que tenía en su seno cierto pluralismo. Un régimen que además no tenía una ideología muy precisa, sino más bien participaba de una mentalidad de imprecisos contornos. Era la mentalidad de los que habían ganado la Guerra Civil, pero la ideología varió, y varió tanto

que el régimen se definió a sí mismo como cosas diferentes. Un régimen que se definía a sí mismo como totalitario y fascista, luego dijo que era una democracia orgánica, y luego en los años sesenta ya se definió como una especie de dictadura constituyente del desarrollo. Y finalmente, un régimen que, excepto en esos primeros años, no fue exactamente un régimen que pretendiera movilizar al pueblo español y a inscribirlo a una opción política, sino más bien un régimen que propendía a la desmovilización, es decir, propendía a considerar que el ciudadano tenía que no participar en política, o tenía que ausentarse de las grandes decisiones fundamentales. De esa manera el régimen fue una dictadura conservadora y una dictadura personal mucho más que un régimen fascista. Una dictadura personal que incluso repugnaba a la institucionalización. Lo que el régimen verdaderamente fue, fue la dictadura del General Franco. Todas las instituciones eran algo de un valor muy relativo. «Mire Vd.», le dijo Franco a José Luis Arrese, el ministro falangista, en una ocasión —y lo cuenta el mismo Arrese en sus memorias— «a mí me daría exactamente igual gobernar con las Constituciones de 1876». Es decir, el propio Franco reconocía que las instituciones del régimen eran algo a lo que en definitiva no se podía hacer mucho caso. En todo caso, este régimen no era fascista. Pudo tener muchos entusiasmos mussolinianos, más que hitlerianos, pero no era propiamente fascista. Monografías recientes sobre, por ejemplo, aspectos concretos, como el papel de la mujer en el primer franquismo, —hay una monografía sobre la Sección Femenina—, prueba que no tenía nunca ese tono radical y revolucionario. O estudios, por ejemplo, acerca del sindicalismo. El sindicalismo originariamente pudo tener un significado revolucionario, pero lo perdió muy pronto, y desde luego lo había perdido en 1941. Un régimen fascista no es exactamente un régimen conservador, es un régimen revolucionario, pero es un régimen revolucionario de derechas. La dictadura del General Franco era una dictadura de derechas, pero no era revolucionaria, a pesar de la fraseología que muchas veces tenían los dirigentes falangistas.

Esa fraseología se percibía de una forma especial en el terreno de la política económica. Efectivamente, si uno lee las declaraciones de los dirigentes en tema de política económica en los años cuarenta y principios de los cincuenta, uno se encuentra un lenguaje revolucionario, un lenguaje estatalizador, un lenguaje de autarquía. La política económica de la primera postguerra civil española está suficientemente estudiada a través de monografías, como, por ejemplo, la de Pedro Schwartz o la de Manuel Jesús González. ¿Qué es lo que se deduce de este tipo de estudios?. Se deduce fundamentalmente una megalomanía de los dirigentes de la política económica, megalomanía que en determinada época pudo considerarse justificada, pero que a partir de un determinado momento resultó manifiestamente disfuncional. Parece evidente que durante los años que van del 39 al 45, en plena guerra mundial, una intervención muy acentuada del Estado en la política económica era inevitable, era por supuesto una copia de lo que sucedía en los regímenes fascistas. Era también el reflejo particular en la política económica. Yo, por ejemplo, he encontrado en el archivo del General Varela un largo informe de doce a quince páginas, firmado por el propio General Franco, en el que habla de las perspectivas de la política económica.

y, ahí desde luego hay todo menos una economía regimentada, una economía sometida a los intereses de unos principios de carácter nacionalista, unos principios de carácter, por supuesto, en ese sentido también estatalizador. Lo que los historiadores de la economía concluyen es que todo este esfuerzo que lleva, por ejemplo, a la creación del INI, o que lleva a la creación de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, etc. Todo este esfuerzo de autarquía, de autoaprovechamiento, de crear industrias nacionales por interés patriótico, todos estos rasgos, sin embargo, concluyeron con un fracaso, porque la economía española dependía y depende, y había dependido, enormemente del comercio exterior. España carecía de materias primas, absolutamente fundamentales. España necesitaba del contacto con el exterior, y España, una parte del hambre que pudo sufrir en la postguerra fue por supuesto como consecuencia de ese aislamiento exterior. Pero fue también porque los dirigentes de la política económica a veces se empeñaron en industrializar de una forma que económicamente resultaba poco rentable y sustituir, en cambio, el aprovisionamiento de materias primas fundamentales, mucho más correcto en aquellos momentos. España tenía que haber procurado, no una política industrializada, o de industrialización autárquica, sino más bien en caso de beneficiarse, en términos comerciales, de la situación a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, la situación cambió a partir de 1951 pero solo levemente. Sólo cambiaría de forma definitiva a partir del Plan de Estabilización, a partir de 1959.

La guerra mundial jugó, por lo tanto, un papel fundamental en la historia española desde el punto de vista de la política económica y también desde el punto de vista de la política interior. Sobre la guerra mundial se han dicho cosas muy controvertidas, muy diferentes y antitéticas, en lo que respecta a la posición de España en el conflicto. Una idea defendida por algunos historiadores es la de que Franco fue un aliado de Mussolini y de Hitler. Franco siempre fue partidario de la causa del Eje, y Franco colaboró con él todo lo que pudo. La segunda interpretación sería que Franco se caracterizó durante la guerra mundial por una hábil prudencia que, desde luego, evitó a los españoles la entrada en la guerra mundial. En un próximo libro, —claro, puede dar la sensación de que esto haciendo propaganda, pero lamento no poder citar nada más, o sobre todo una cosa que pueda tener una cierta originalidad para Vds.—, del que les habla y de Genoveva García hemos estudiado la relación entre Franco y Mussolini durante la Segunda Guerra Mundial. En relación, por supuesto, también con Hitler. Nuestras conclusiones se pueden resumir de la forma siguiente. Desde luego Franco, en el momento en que estalló la guerra mundial, no quería que ésta estallara en absoluto. No pudo entender el acercamiento de Alemania y Rusia. Hay, no sólo uno, sino hasta tres intentos de mediación de Franco, unos intentos de mediación imposibles, por la sencilla razón de que se veía claramente que la actitud de Franco era manifiestamente partidaria del Eje. Por ejemplo, quería liquidar la guerra cuando ya Polonia estaba ocupada por los alemanes. En esos meses, los meses de principios de 1939 y hasta la entrada de Italia en la guerra, en junio de 1940, el régimen de Franco, sin embargo, tiene una manifiesta propensión hacia la Italia mussoliniana. El dirigente principal de la España de Franco es Serrano Súñer. Tiene

muchos contactos con los dirigentes italianos, fundamentalmente con el Conde Ciano, y existe una voluntad imitativa con respecto a la Italia de Mussolini. Esa voluntad imitativa se aprecia incluso en el momento en que Italia entra en la guerra, en junio de 1940. Italia entra en la guerra y España pasa de su situación de neutral a la situación de no beligerante. Era exactamente lo mismo que había hecho Mussolini antes, es decir, Mussolini se había declarado no beligerante y finalmente había intervenido en la guerra mundial al lado de Alemania. La no beligerancia italiana había precedido a la beligerancia, había sido una pre-beligerancia. Pues bien, en el caso de España, en estos meses desde luego que la no beligerancia era una pre-beligerancia, es decir, en ese momento en que en junio de 1940 los alemanes están llegando a París, la mayor parte o la casi totalidad de los dirigentes españoles eran partidarios de entrar en la guerra a favor de Alemania y de Italia, y de lograr ventajas concretas, sobre todo en Marruecos. Entonces hay una serie de viajes a Alemania de dirigentes españoles. Primero el General Vigón a entrevistarse con Hitler; luego los viajes de Serrano Súñer. Yo he visto en el archivo del General Varela un despliegue de tropas ante la eventualidad de ocupar Marruecos francés, hecho por el propio Franco, de su puño y letra, en esos meses a la altura de junio de 1940. Pero había gente mucho más partidaria de no entrar en la guerra mundial. Era gente entendida en estas materias. Curiosamente, quien libró, en un porcentaje muy elevado, a España de entrar en la guerra fue, nada más ni nada menos, que determinados militares. He encontrado también, por ejemplo, un escrito del Jefe del Estado Mayor, en donde se dice que España simplemente no puede entrar en la guerra, porque no tiene ni tanques, ni aviones, ni gasolina, ni armamento adecuado, es decir, por razones exclusivamente técnicas. Las actitudes del propio Ministro de la Guerra, Varela, del General Kindelán, que al cabo de los meses sería Capitán General de Cataluña, uno de los más importantes capitanes generales, y las actitudes de otros militares importantes —el General Orgaz— fueron muy negativas con respecto a esta posibilidad. Había otros militares, como Yagüe y Muñoz Grandes, que eran mucho más partidarios de la entrada de España en la guerra. Sobre todo Muñoz Grandes y por eso fue enviado a la División Azul. ¿Y Franco? Sin duda Franco fue prudente, pero sobre todo fue desconfiado. Es decir, lo que básicamente Franco estuvo buscando a lo largo de todos estos meses, es un «dot ut des», es decir, «yo entro en la guerra pero a cambio de algo», y a cambio de algo importante, y ese algo importante se encontró con que Hitler, fundamentalmente porque no quería enfrentarse con Francia, no se lo daba. El propio Mussolini tampoco le empujaba a esa intervención, o por lo menos no le empujaba de una forma muy decidida.

En la entrevista de Bordiguera, que se llevó a cabo en febrero de 1941, uno de los diplomáticos italianos que estaban presentes en la entrevista, recogió en su diario lo que decía Mussolini al acabar la entrevista. En la entrevista Franco lo que había asegurado es que, España estaba dispuesta a entrar en la guerra a condición de recibir una larga lista de posesiones coloniales, sobre todo en el Norte de Africa, pero la conclusión de Mussolini fue la siguiente: no se puede hacer entrar en la guerra a un país que tiene pan para una semana. No es que fuera exactamente así, pero desde

luego se parecía mucho. De tal forma que fueron las insuficiencias españolas, la oposición de un sector militar, los factores decisivos en la no intervención española. Incluso hubo un factor más decisivo todavía, y es que el interés de Hitler por la entrada de España en la guerra fue un interés tan solo temporal, y se fue diluyendo con el paso del tiempo. El enfrentamiento entre militares y falangistas contribuye también a explicar la no intervención española en la guerra. Ese enfrentamiento fue un enfrentamiento oculto, pero de los enfrentamientos que se produjeron durante el franquismo, probablemente fue el enfrentamiento más duro, que llegó a producir derramamiento de sangre, que llegó a producir enfrentamientos físicos en repetidas ocasiones y que llegó en definitiva a producir un decantamiento de Franco. Esto se produce, en primer lugar, en primer lugar, en mayo de 1941, cuando su cuñado y representante del ala falangista, Serrano Súñer, pierde el control del Ministerio de la Gobernación, y es definitivo después del atentado de Begoña, en el verano de 1942, atentado que supone la muerte —la ejecución— de un falangista como persona que ha lanzado una bomba en el cortejo del Ministro Varela. La derrota de Serrano Súñer supone un paso en el camino hacia la neutralidad, a pesar de que Franco siempre confió en la victoria del Eje, con el cual se sentía identificado ideológicamente. El cambio definitivo se produjo entre los últimos meses de 1942 y el verano de 1943. En los últimos meses de 1942 desembarcan los aliados en el Norte de África, y en el verano de 1943 se produce la caída de Mussolini.

La caída de Mussolini tiene un efecto decisivo sobre la política española, un efecto tan decisivo que llega a provocar un acontecimiento muy parecido al que se produjo en Italia en ese momento. Quiero decir que en Italia Mussolini cayó por la actitud de una gran parte de la clase dirigente fascista. En España los Tenientes Generales mejor dicho, enviarnos un texto a Franco en el cual prácticamente le pedirían la restauración de la monarquía. Lo que sucedió es que Mussolini, el Mussolini del verano de 1943, enfermo, derrotado e impotente, no era el Franco de unos meses después. Franco se negó a recibir colectivamente a los Tenientes Generales. Franco incluso dijo que no había recibido el papel que le habían entregado esos Tenientes Generales a través del Ministro de la Guerra. Y además dilató recibir, siempre uno a uno, a cada uno de los militares. El resultado fue que evidentemente Franco no se fue.

Ese no irse Franco lo tenía decidido a la altura de 1945 de una forma clarísima, meridianamente clara. Tan clara que, por ejemplo, cuando había ministros suyos que eran partidarios de una cierta restauración de la monarquía, por lo menos de establecer unos plazos hacia esa restauración —por ejemplo, el General Gómez Jordana— no les hizo caso. Incluso estuvieron a punto de dimitir en más de una ocasión. En diciembre de 1945, cuando ya había acabado la guerra mundial, uno de estos militares promonárquicos, el General Varela, se entrevistó con Franco y le hizo ver la necesidad de llegar a un acuerdo con la monarquía, y resumió su conversación en unas cuartillas que se conservan, y en esas cuartillas hay un pronunciamiento, que el pronunciamiento que realmente sucede y que Varela cuenta. «Hay muchas personas que tratan de convencer a Franco de que se vaya pero...», dice Varela,

«pero esos son unos novatos, son gente ingenua que no saben que Franco es admirable en la actitud de dar un paso adelante, dar dos pasos atrás, y acabar por no irse nunca». Franco tenía esa habilidad, habilidad que demostraba quizás una cerrazón de perspectiva, que se basaba fundamentalmente en ganar tiempo y en conservar su propio poder, pues por supuesto hizo que no evolucionara la situación política a partir de 1945.

Claro está que hubo una posibilidad, es decir, una de las crisis fundamentales del régimen franquista es la que se produce a partir de 1945, en el verano, en julio de 1945 concretamente. En esa crisis entra, en parte, un nuevo grupo político: el grupo de los católicos colaboracionistas, cuya mejor representación es Alberto Martín Artajo. La entrada de ese grupo se hace con un cierto programa reformista y transformador del régimen. En el verano de 1945 se ha aprobado, por ejemplo, un Fuero de los españoles que teóricamente contiene la declaración de principios y de derechos de la persona humana. Solamente tiene el grave inconveniente de que luego no se aplica en la práctica. En esos mismos años el régimen empieza a utilizar el lenguaje de la democracia orgónica. Ha abandonado ya el régimen el tono fascista. Utiliza el término católico con asiduidad e incluso con una insistencia, que mezcla el terreno político con el terreno religioso hasta unos límites que hoy nos resultan incluso incomprensibles.

Esa caracterización del catolicismo obedece a una necesidad de presentar el régimen de cara a fuera. Por eso Martín Artajo va a ser Ministro de Asuntos Exteriores. Una idea que puede considerarse como muy aceptada y, sin embargo, debe ser matizada es que el régimen tuvo un apoyo masivo, absoluto, sin condiciones, de la jerarquía eclesiástica española. Y esto simplemente no es tan cierto como con la rotundidad de esta frase puede hacer pensar. Los estudios que hay sobre la actitud por ejemplo, del propio Cardenal Gomá, o sobre la actividad de la Iglesia, y sobre todo, del Vaticano más que de los Obispos españoles, durante la guerra mundial, hacen pensar más bien todo lo contrario.

A la altura de 1947, ha dejado claro un libro de Antonio Marquina, la situación entre España y el Vaticano era tan difícil que incluso se había pensado en una ruptura de relaciones. El número de diócesis vacantes en 1945 era elevadísimo. Algo así como un tercio de las diócesis vacantes permanecían vacantes porque no se ponían de acuerdo el Gobierno y la Iglesia.

Bien, después de 1945, el colaboracionismo es desde luego mucho mayor, pero es un colaboracionismo que, como en el caso de Martín Artajo, se encuentra sesgado por una cierta voluntad de transformación política del régimen. Es decir, la gente no quiere, o mejor dicho, este catolicismo colaboracionista no quiere exactamente que Franco se vaya, pero quiere que se restablezca la monarquía, quiere que haya una nueva Ley de Prensa, quiere que el Fuero de los españoles no sea un fuero teórico, sino que se aplique en la realidad, y quiere en definitiva que exista un pluralismo, que no exista el predominio absoluto de la Falange que ha existido hasta entonces.

¿Qué es lo que queda de todo esto? Pues lo que queda es que hay muchos titubeos, que los titubeos quedan despejados a la altura de 1946 o 1947, y que el

régimen no cambia en nada fundamental, más bien se asienta sobre bases más firmes, después del referéndum de 1947, y después de la Ley de Sucesión. En este sentido, por ejemplo, resulta muy revelador ver las diferentes actitudes de los diferentes sectores. Hay, por ejemplo, un informe que se conserva en el archivo de la Jefatura del Estado, en el que se resume la posición del Almirante Carrero que en un momento aconseja a Franco con tres palabras que resultan absolutamente reveladoras. El Almirante le dice a Franco: «en el fondo los aliados no quieren que Vd. esté aquí, quieren que se vaya Franco, pero no van a hacer nada serio para derribarle. Lo que en estas condiciones hay que hacer es lo siguiente: orden, unidad y aguantar». Orden, unidad y aguantar. Yo creo que ahí hay una divisa perfecta de lo que fue el franquismo durante muchos años: orden, unidad y aguantar. Y en el párrafo siguiente Carreo emplea el término «aguantar» hasta tres o cuatro veces.

El régimen, a partir de 1945, en buena medida fue ese aguantar. Excepto que había otros que pensaban de forma diferente. Hay, por ejemplo, la transcripción de, en los papeles privados de José María Pemán, que fue una persona que tenía muchos contactos, una conversación del que sería Obispo de Málaga, personaje muy importante del catolicismo político, Angel Herrera, con el Papa Pío XII. Le explica la situación en España y Pío XII le hace diversas advertencias, le dice: «en España hay campos de concentración. En España no hay un Estado de derecho. En España tiene que haber una reforma social». Todo eso, como ven Vds., está en bastante contradicción con un estado que se proclamaba insistentemente católico, y que desde luego sus principales dirigentes lo veían como tal, como estado fundamentalmente católico.

El régimen capeó las dificultades en gran parte gracias a la presencia de este colaboracionismo católico. Y ese colaboracionismo católico, en definitiva, logró su mejor expresión en el Concordato de 1953. Ahora bien, ese colaboracionismo católico tuvo también un papel de relativo veto sobre la política interior de España. No consiguió la transformación del régimen pero vetó transformaciones en sentido totalitario. Eran transformaciones del último intento que ha sido narrado en las memorias de José Luis Arrese, y es bastante conocido en los últimos tiempo. Es el intento de cuando se producen los primeros conflictos en la Universidad, a partir de febrero de 1956. Franco nombra Subsecretario General del Movimiento a José Luis Arrese. Y José Luis Arrese, que es un falangista de vieja cepa, trata de hacer una vertebración institucional del régimen, que convertiría lo que era básicamente una dictadura personal en una dictadura institucionalizada. Es decir, el Secretario General del Movimiento sería la segunda persona del régimen. Incluso del régimen no se decía específicamente que fuera monárquico. Pues bien, esto es vetado, nada menos que por otros ministros por supuesto, pero es vetado en un determinado momento por los cuatro Cardenales de la Iglesia española, que dirigen a Franco una carta en la que dicen que este sistema político es un sistema político condenado por la Iglesia, y por lo tanto inaceptable. El resultado final de esa crisis política es, desde el punto de vista de Franco, una especie de encaje de bolillos. La reforma política propuesta por Arrese no se hace, pero Arrese sigue siendo ministro, pero de otra cosa: la cartera de Vivienda. Sigue en el gabinete pero no se le da dinero para que

construya viviendas, es decir, es una maravilla de reducir a la impotencia a un posible quejoso. En el caso de Martín Artajo gana, porque es el representante de ese sector católico relativamente reformista con respecto al régimen, gana porque no se hace la reforma de Arrese, pero se va porque deja de ser ministro. Eso da muy buena idea de lo que es una crisis política en el régimen de Franco. Una crisis política que en definitiva lo que resulta de ella es una acumulación de poder en el propio Franco.

Hay una causa exterior básica para explicar la perduración del régimen de Franco. Esa causa exterior es la evolución de la política internacional. Esa evolución de la política internacional desde luego hace que, en el plazo de muy pocos meses, los aliados triunfantes, las potencias democráticas, y desde luego mucho más claramente desde el 45 al 48, consideren que Franco, que ha sido un virtual aliado de Mussolini y Hitler durante la guerra mundial, ahora, sin embargo, puede ser un aliado con respecto al poder soviético. Sobre el particular ya hay bastantes estudios, hay tesis doctorales en curso. Hay, por ejemplo, una biografía recientemente aparecida del que fue ministro socialista británico, Ernest Bevin, en esos años, y que fue una persona de una importancia muy destacada en el origen de la OTAN y en el origen del Consejo de Europa. En esas memorias se contiene la clara afirmación de que nunca los británicos, ni tampoco los americanos, estuvieron dispuestos a intervenir por la violencia para echar a Franco. No estaban dispuestos a intervenir por la violencia, y no estando Franco dispuesto a abandonar el poder, las posibilidades de evolución eran muy pequeñas indudablemente. Hay un momento en que el Subsecretario de Asuntos Exteriores británico le dice a su Ministro: «Lo de España no tiene remedio, la situación política española no es perjudicial para nosotros. Desde luego sería perjudicial si allí hubiera un régimen comunista. Es únicamente perjudicial para los españoles, pero España desempeña un papel de tan pequeña importancia en el contexto mundial, que no merece la pena ni siquiera ocuparse de ella».

Los aliados decidieron claramente no intervenir en el caso de España. España fue un leproso en el marco político europeo, pero un leproso aceptado, y sobre todo un leproso que sobrevivía. Un leproso porque no tenía instituciones democráticas. Y una parte de la culpa también en la perduración del franquismo le corresponde a la oposición.

Hay varios libros acerca de la oposición. Incluso hay una interpretación, no es un libro exactamente de historia sino de ciencia política, de sociología, del actual Ministro de Educación, José María Maravall, sobre el disenso político en la España de Franco. —Yo mismo escribí un libro sobre la oposición al franquismo en esta etapa y hay otro de un historiador alemán, que se llama Heine—. Yo creo que todos esos libros contribuyen a hacer evidente, de forma bastante definitiva, una conclusión fundamental. Es cierto que la oposición sufrió la represión, una represión a menudo muy cruel. Del orden de una docena de comités ejecutivos del partido socialista desde 1939... Además, respecto a la lucha guerrillera la estadística oficial ofrece unas cifras del orden de 250 guardias civiles muertos en las operaciones contra la guerrilla. Pero eso no puede hacer olvidar que la oposición en estos años fue detrás de los acontecimientos y que únicamente podía haberse presentado como una opción

de relevo, si hubiera intentado unirse y efectivamente tardó mucho en unirse la única posibilidad de triunfo de la oposición consistía en el acuerdo entre monárquicos y socialistas y sucedió que cuando se está pactando entre esos dos sectores, que habían combatido en lados distintos en la guerra civil, en ese momento D. Juan de Borbón se está entrevistando con Franco a unos Kms. en un yate frente a las costas vascas. La oposición fue detrás de los acontecimientos. En definitiva había quedado muy dividida en la guerra civil, por la cuestión republicana y el cerrar la herida causada por la guerra civil era muy difícil de hacerlo en un plazo tan corto, quizá las personas que trataron de unirlos en una de forma que no fuera de recuerdo al pasado sino mas bien una fórmula al porvenir, fueron Indalecio Prieto y José María Gil Robles. Hay que pensar que los años inmediatamente posteriores al 48 y los años entre el 48 y el 50 realmente la oposición jugó un papel mínimo en la Historia española. Después de la muerte del general Franco han aparecido muchos estudios sobre la oposición, quizá en cierto sentido demasiados, pero la realidad es que el papel de la oposición fue escaso en esos años. La oposición no volvió a jugar un papel importante sino cuando la sociedad española cambió también las propias generaciones de la oposición. En febrero de 1956, en los incidentes estudiantiles, surgen nuevos dirigentes de oposición, algunos de los cuales siguen presentes en la vida pública española, pero entre el 48 y el 56, hay un gran vacío, puede hacer pensar que fueron los años del consenso, no porque los ciudadanos españoles hubieran aceptado la dictadura del general Franco, sino porque la dictadura del general Franco era aceptada, aunque fuera por pasividad, por la mayor parte de los españoles.

Hacia esa altura concluye también, aproximadamente, una etapa de la vida cultural española. En los años que van del 39 al 56 se presenta una aislamiento y la mutilación de una parte de la intelectualidad española. También se presencia la aparición de nuevos grupos importantes, no hay que pensar que el régimen de Franco haya establecido una especie de absoluto páramo cultural, hubo una mutilación y muy importante pero no un páramo cultural, eso empieza a desaparecer a partir de 1956, que son más frecuentes los contactos de los exiliados del mundo cultural y los exiliados de dentro de España y en esos años ya se ha discutido una disputa intelectual o el planteamiento de una gran cuestión intelectual que está presente en los grandes pintores españoles entre los años 45 y 55, es decir, la cuestión del deber de España, interrogante sobre la posibilidad de convivencia en España. Tenemos como ejemplos «España como problema» de Pedro Laín Entralgo o «España sin problema» o, mucho más importante aún la obra de Claudio Sánchez Albornoz que es también un interrogante sobre el ser de España. Por tomar el ejemplo de Américo Castro se plantea lo que él llama la «morada vital» de los españoles. Esa moral vital es para él la realidad de la convivencia difícil, la convivencia de tres castas religiosas que a partir de la época medieval se han enfrentado y han actuado con tolerancia. Eso es un interrogante que tiene su componente historiográfico y su componente interrogativo, sobre el ser de España, pero que es ante todo y sobre todo un recordatorio sobre la tragedia de la guerra civil. A la altura de 1956-57, España empieza a respirar con un tipo nuevo de respiración, menos dependiente de las

dificultades económicas, más cercana intelectualmente a los aires europeos, más cercana a un régimen de dictadura aceptada pasivamente que a un régimen que puede ser institucionalización falangista y la nueva vertebración del estado va a ser una vertebración diferente a la pensada por los falangistas. En 1955 la España de Franco es reconocida internacionalmente y empieza a aparecer en distintos órganos internacionales, en 1956 ha nacido una nueva oposición; la oposición que procede de la filas universitarias y que alguno de cuyos apellidos son apellidos regentes, proceden del mundo del régimen y alguno de los cuales sigue teniendo presencia en la vida española actual, ha tenido apellidos como por ejemplo el de Pradera que es el apellido de uno de los principales teóricos del tradicionalismo, que es un estudiante comunista, en estos momentos es el director del periódico de más circulación en España. En los años 50 aleccionan nuevas generaciones intelectuales y culturales, incluso artísticos, aparece el grupo del Paso en estos años, pintores como Antonio Saura, Manuel, Manuel Rivera y como tantos otros que aparecen en estos años, están pintando como se pinta en Italia, están teniendo una sintonía estética que les hace asemejarse a los pintores italianos o a los autores norteamericanos, pero también están expresando en la medida de su cromatismo la dificultad de la vida económica en aquellos momentos. En todo caso, en los años finales de la década de los 50 han concluido ese primer franquismo, ha concluido en definitiva una de las postguerras que ha tenido una historia tan trágica como la española.

Zamora, 3 de mayo de 1985





**DIPUTACION  
de ZAMORA** 

instituto de estudios zamoranos  
florián de ocampo  
(C.S.I.C.)

